

Psicología. Mas esta transformación no podía realizarse de repente; durante algún tiempo, lo antiguo no podía menos de mantenerse al lado del nuevo, y, obedeciendo á esta ley, Herbart se esfuerza en dar á la Psicología la Metafísica por base. Su punto de partida es el *sér*; el principio ontológico en que todo se apoya, la *unidad del sér*. El *sér* es «absolutamente simple, sin pluralidad, sin cantidad, una abstracción, una posición absoluta, donde no cabe ni negación, ni relación». De manera semejante, el alma es simple, sin partes; su cualidad nos es desconocida, su actividad consiste en conservarse. Mas si todo es simple, ¿de dónde sale la pluralidad? De las relaciones que establecen entre sí los seres, por virtud de las cuales éstos se hayan siempre en lucha, y el esfuerzo que cada uno hace en esta lucha por conservarse se convierte en representación. Por tanto, las representaciones, es decir, nuestras sensaciones, ideas, recuerdos, no son sino los esfuerzos que hace el alma para conservarse. Tal es la hipótesis de Herbart, con la que queda explicada la génesis de los estados de conciencia. «La percepción interna, el comercio con los hombres de todo grado de cultura, las observaciones del educador y del hombre de Estado, las relaciones de los viajeros, historiadores, poetas y moralistas, las experiencias suministradas por los estados de locura, enfermedad, y por los animales»: he aquí la materia de la Psicología. «El hombre del psicólogo no es sólo el hombre culto, que representa la historia de su especie en su más alto grado; lo son también el salvaje y el niño». Combate las teorías de las facultades del alma: «desde que á la concepción natural de lo que se observa en nosotros se añade la hipótesis de las facultades, la Psicología se convierte en mitología. Estas vistas, comunes y vulgares hoy, debieron parecer entonces de una originalidad rayana en lo paradójico.

Para Herbart, todos los estados de conciencia son representaciones, y siendo las representaciones fuerza, la tarea de la Psicología consistía en fundar una estética y una dinámica del espíritu. Con esto entramos en lo que constituye el carácter esencial de la Psicología de Herbart: el empleo de las matemáticas. En la estática del espíritu, estudia las condiciones de equilibrio entre las representaciones. A la disminución de intensidad que mutuamente se causan dos representaciones en equilibrio, llama Herbart *detención*, y á este estado de la representación, *tendencia*. Divide las representaciones en clases, de color, sonido, forma y otras; á cada una de estas clases denomina *continuo*, y formula la ley: las representaciones de un mismo *continuo* se oponen, las de *continuos* diferentes se unen. Toda representación, al empuje de otra, puede ser excluida de la conciencia; en esta transición de representación real á simple tendencia, hay un punto estático importante que se llama *umbral de la conciencia*, límite en que la intensidad de una representación puede considerarse como cero. Por debajo del umbral, toda representación entra en la categoría de las percepciones insensibles de Leibnitz.

En la mecánica del espíritu estudia las representaciones en estado de movimiento, el

cual se produce al romperse el equilibrio por la intervención de nuevas fuerzas. «La analogía entre la mecánica del espíritu y la de los cuerpos, dice, no debe hacernos olvidar sus diferencias. Aquí no hay ángulos, senos, ni cosenos, ni espacio infinito; pero todo movimiento de representación se encierra entre dos puntos fijos: su estado de detención completa y su estado de libertad completa. En lugar de la gravedad que impele á los cuerpos hacia la tierra, tenemos aquí el esfuerzo natural y constante de todas las representaciones para volver á su estado de libertad completa (ausencia de detención)». La mecánica se propone aplicar el cálculo á estas cuestiones: disminución de la suma de detención, velocidad del movimiento de cada representación, tiempo en que se ejecuta, producción mediata ó inmediata de las representaciones. Mediante la «ley de la reproducción», trata Herbart de explicar la formación de las ideas generales y, en particular, de la noción de espacio, que resulta de la asociación entre estados de conciencia. Los sentimientos son *relaciones* entre las representaciones. Cuando una representación pasa el umbral de la conciencia, se produce un acto intelectual; si la representación es rechazada y repasa el umbral, cesa el acto intelectual. Pero supuesto que exista una representación en la conciencia, si otras dos representaciones de fuerza igual y contraria tienden la una á rechazarla y la otra á sostenerla, se produce un estado de equilibrio, y este estado, resultante de la relación entre las representaciones, corresponde al sentimiento. «El deseo es una representación que vence los obstáculos y arrastra consigo las demás representaciones». Por último, no habiendo en el espíritu más que representaciones, por éstas explica Herbart la unidad de la conciencia, el yo. En tanto que los psicólogos anteriores consideraban la conciencia como causa de los estados psíquicos, para Herbart y su escuela la conciencia no es sino la suma de las representaciones actuales; es efecto, no causa; resultado, no hecho primitivo. «A la manera que un objeto es el punto donde se encuentran diferentes series de imágenes, el yo es el punto donde se encuentran todas las series de nuestras representaciones.» Tal es, á grandes rasgos, el sistema de Herbart, cuya originalidad salta á primera vista.

De día en día iba emancipándose el pensamiento de los ensueños metafísicos. Acabamos de ver cómo Herbart apoya aun la Psicología en la Metafísica; Reneke (nacido en mil setecientos noventa y ocho y muerto en mil ochocientos cincuenta y cuatro), por lo contrario, deduce la Metafísica de la Psicología, en razón á que tenemos conocimiento perfecto de nosotros mismos mediante la propia conciencia. Piensa que «el objeto de la Psicología es todo lo que conocemos por la percepción interna y por la sensación», y sostiene que debe emplearse en ella un método análogo al de las ciencias naturales: observación, inducción, hipótesis, constitución de leyes y deducción. Con no menos encarnizamiento que Herbart, combate la teoría de las facultades del alma, sustituyéndolas con cuatro procesos fundamentales. El primero consiste en la posibilidad de reobrar contra las excitaciones, lo

que supone un elemento exterior, el excitante, y una fuerza interior, de cuya combinación resultan las sensaciones ó percepciones. Formula el segundo proceso en estos términos: «fórmense continuamente en el alma humana nuevas propiedades primordiales», y lo apoya en el hecho que, de cuando en cuando, ciertos modos de actividad quedan incapacitados, se agotan y son reemplazados por otros. Estas nuevas formaciones pueden compararse á las que se producen en los organismos, donde, á consecuencia de la asimilación de las materias nutritivas, entran en juego nuevas fuerzas. El tercer proceso, que parece tomado de Herbart, consiste en que los estados psíquicos, en virtud de su movilidad, tienden á cierto equilibrio. La conciencia atestigua en nosotros un cambio continuo, de una forma á otra, el cual no se efectúa sino poco á poco; lo que una vez fué consciente se conserva pasando á estado inconsciente, y puede volver más tarde á la conciencia, re- producirse. Esta cosa inconsciente que persiste la llama Reneke vestigio, rastro, y la define: «lo que ocupa el medio entre la producción de una actividad psíquica (una percepción, por ejemplo), y su reproducción (recuerdo)». El cuarto proceso lo enuncia así: «Las formas semejantes y análogas del alma humana, en la medida de su semejanza, se atraen y tienden á formar combinaciones más y más íntimas». Por este proceso, que da origen, bien á mezclas inestables, bien á combinaciones ó fusiones estables, se explica la formación de los grupos y series de representaciones, cuya más alta producción es la llamada razón, la cual no es una fuerza primitiva, un sistema innato de principios, «sino el conjunto de todo lo más elevado é intachable que produce el alma humana en todas sus formas, por lo que no existe desde el principio, sino que resulta de una larga serie de desarrollos anteriores». Tales son los cuatro procesos fundamentales, que Reneke expone y demuestra en su libro *Manual de Psicología como ciencia natural*.

Por el gran papel que desempeñan en la vida del alma las excitaciones exteriores y los vestigios que estas dejan, los cuales, por su reviviscencia, constituyen la naturaleza intelectual del hombre, se comprende la importancia suma que Reneke dió á la Pedagogía, cuyo tratado fué acogido como una revelación é influyó en el gran éxito que tuvo su Psicología, entre los que se dedicaban en Alemania á la educación. En punto á la Ética, el primer deber moral es hacer en cada caso lo que, estimado subjetiva y objetivamente, se nos ofrece como lo mejor y superior. No es otro el bien moral. La libertad es el principal fundamento de la moral, como que sólo por ella se determina el hombre á querer y obrar. Cuando nuestra obra concierta, no sólo con la representación ó el sentimiento que tenemos del deber, sino con la que todos tienen, entonces estamos en lo cierto. Acerca de los temas de la inmortalidad del alma y existencia de Dios, dice que, careciendo la ciencia de datos para juzgar, sólo debe ocuparse en ellos la religión.

Tal fué la evolución de la filosofía alemana en la primera mitad de la centuria décimo nona; llevemos ahora nuestra atención á Inglaterra y Francia.

Conforme á la tradición y carácter del pueblo inglés, la filosofía siguió allende la Mancha rumbo diametralmente opuesto, desentendiéndose por completo de averiguar la sustancia de las cosas y limitando su tarea al estudio de los fenómenos y de los atributos. Tras la escuela sentimentalista, en cuya cúspide se destacan Hutcheson, con su teoría de sentido moral, y Adam Smith, que reduce todos los sentimientos á la simpatía, vino la escuela escocesa ó del sentido común, que tuvo por fundador á Tomás Reid y por principal representante á Dugard Stewart. Combate esta escuela la hipótesis de las ideas representativas, que complican, en vez de resolver, el problema de la comunicación entre la naturaleza y el espíritu y conducen, á la postre, al idealismo y al escepticismo. «La ciencia no dispone de medios para explicarlo todo, en atención á que todo razonamiento se apoya en principios substantivamente ciertos, derivados de la naturaleza de las cosas, que es á lo que se llama *sentido común*». El método de la filosofía es la observación, así externa, por medio de los órganos de los sentidos, como interna, por medio de la reflexión en la conciencia; su regla, la evidencia del sentido común. Y esto es tan cierto como que, por haberse mantenido fieles al método baconiano, han hecho tan grandes progresos las ciencias naturales, al paso que los filósofos, por haber puesto en duda hasta los principios más irreductibles, han llegado á negar no sólo la realidad de los cuerpos, mas también la suya propia. La existencia del sentido común implica que hay principios generales, comunes á todos los hombres, evidentes por sí y de tantas clases como las distintas ciencias. De los pertenecientes á la Metafísica, dos merecen especial mención: el de substancia, del que deducimos que las cualidades, objeto de nuestras percepciones sensibles, tienen un sujeto que se llama cuerpo, y que los pensamientos de que tenemos conciencia tienen un sujeto que se llama espíritu, y el de causalidad, ó sea que todo lo que existe tiene una causa y que las señales de inteligencia en el efecto prueban inteligencia en la causa. También la moral tiene sus principios indemostrables. Uno de ellos es la noción del deber, que no puede resolverse en la del interés individual, ni del interés bien entendido, por tener su raíz en una facultad primitiva, en el sentido ó conciencia moral, de donde se sigue que debemos conformar nuestra conducta á las intenciones de la naturaleza tal como se revelan en nuestra constitución. El principio de causalidad es la base de la teología natural, cuyas cuestiones capitales son el concierto de la presciencia divina con la libertad humana y el de la providencia con la existencia del mal. Resuelve la primera diciendo que la presciencia no modifica el hecho futuro, como no lo modifica el recuerdo, olvidándose de que la presciencia divina es infalible, y en cuanto al segundo, estima preferible á inventar hipótesis confesar nuestra ignorancia.

En Francia, siguió prevaleciendo durante el Imperio la filosofía de los enciclopedistas, con sus tendencias prácticas, positivistas y aun sensualistas, no sin ensayos de reacción, aunque sin trascendencia. El filósofo más importante de este período fué Maine de Biran,

(mil setecientos sesenta y seis á mil ochocientos veinticuatro), condillarista primero y reconocedor luego de un principio activo en el hombre. La duda de si la materia domina en el hombre al espíritu es la base de su sistema. Pone el origen del conocimiento en la voluntad, condición al par de las percepciones sensibles y de las nociones intelectuales, pero que no crea las ideas ni los objetos, y sienta que sólo elevándose á la concepción de Dios se puede alcanzar lo que hay de absoluto en la existencia. La actividad producida y dirigida por el sentido íntimo, ó voluntad, es la garantía de la armonía de las fuerzas vitales, en que estriba la *dicha*. Intermediario entre Dios y la naturaleza, el hombre tiende al primero por su espíritu, á la segunda por sus sentidos, y lo mismo puede identificarse con la naturaleza dejando absorber en ella su yo, que con Dios dejando absorber en El su personalidad. En los últimos años de su vida, abandonó el sistema que había fundado y se echó en brazos de la Iglesia, de la que había creído poder prescindir.

Desde el advenimiento de la Restauración, la mayor parte de los ingenios se dedicaron á las ciencias positivas, y los mismos aficionados á las especulaciones filosóficas perseguían un fin práctico social, lo que da á sus trabajos precisión y transparencia. Divididos los espíritus en el campo de la política en liberales y reaccionarios, esta división trascendió á la filosofía, apareciendo las dos escuelas, teocrática y doctrinaria. El fundador de la primera fué de Maistre (mil setecientos cincuenta y cuatro á mil ochocientos veintiuno), que, en sus *Veladas de San Petersburgo* y en su *Examen de la filosofía de Platón*, afirma, con estilo nervioso y aterrador, que, perturbada por el pecado, la razón ama con amor invencible el error, del que sólo puede libertarse por la sumisión á las verdades reveladas, y que, en su consecuencia, el Papa es el verdadero soberano; el absolutismo, la única forma legítima de gobierno; el verdugo y la inquisición, auxiliares indispensables del poder. El más clerical y reaccionario de la escuela fué el vizconde de Bonald (mil setecientos cincuenta y cuatro á mil ochocientos veintidós), el cual, partiendo de que el hombre piensa la palabra antes de hablar el pensamiento, sostiene que el lenguaje fué revelado al hombre por Dios, según consta por el Génesis, al decirnos que Dios habló con nuestros primeros padres, y pareciéndole esto poco aún, añade que con el lenguaje recibió el hombre las ideas, á las que no hubiese podido llegar sin las palabras que las expresan, ó á lo sumo, habrían quedado en su mente como objetos materiales en oscura cueva. Insistiendo en el rey absoluto por la gracia de Dios y en la religión católica como única lícita, concluye que el clero y la nobleza hereditaria son las únicas clases de la sociedad, no pudiendo los demás, como plebeyos, pretender ningún derecho, y que la ciencia que no se armonice con el riguroso régimen clerical debe desaparecer, así como la libertad de la prensa. Su Ética pugna con los principios más puros y elevados de la religión cristiana. No debemos pasar por alto á otros dos representantes de esta escuela: Lamennais, en cuyo concepto la razón individual es incapaz de llegar por sí á la verdad, porque los sentidos y la inteli-

gencia le acompañan siempre, no teniendo otro medio de salir de la duda que la fe en la razón general, en el sentido común en la autoridad; y Bautain, que reputa á la razón humana, así la individual como la general, falible por naturaleza, siendo el único fundamento de certeza la revelación divina, tal como se contiene en la Escritura y en las decisiones de la Iglesia.

Introdujo en Francia la filosofía escocesa y fundó el llamado doctrinarismo francés Royer Collard, nacido en mil setecientos sesenta y tres. No se preocupó este pensador en los sistemas de otros filósofos ni se empeñó en abstractas elucubraciones; limitóse á combatir el sensualismo y levantar sobre su augusto pedestal los principios de la moral eterna, en cuya obra fué auxiliado por una elocuencia admirable. «Si el alma, dice, es una colección de sensaciones, ó es sentida ó no; si no es sentida, no es nada, y si es sentida, hay un yo que la siente, una substancia á que afecta la sensación. Los sentidos nos dan á conocer las cualidades de los cuerpos; el entendimiento puro nos suministra el principio de causalidad, las nociones de substancia, de espacio, de tiempo».

La figura culminante de esta escuela es Víctor Cousin (mil seiscientos noventa y uno á mil ochocientos setenta y siete), que viajó por Alemania, entró en relación con Schelling y Hegel y se enamoró de la filosofía especulativa; pero por su cualidad de francés supo preservarse de las abstrusas nebulosidades de los teutones. Por su vano empeño de hermanar la filosofía francesa con la alemana, se ha dado el nombre de eclecticismo á su sistema. Distingue Cousin en el espíritu tres facultades: la libertad, la razón y la sensibilidad. La razón es autónoma, absoluta y tiene dos leyes, las de causalidad y de substancia. Dios tiene la idea de lo uno é infinito, de lo vario y finito, y de la relación de lo uno á lo vario, de lo finito á la infinito. Como manifestación de Dios, el mundo es necesariamente uno, vario y unión de lo uno y de la vario, *universo*. La misma ley se muestra en la vida y en la historia humana. La civilización inmóvil de Oriente representa lo uno é infinito; la clásica, lo vario y finito; la moderna, la conjunción de lo finito y de lo infinito. Los pueblos se organizan en monarquías absolutas (unidad), ó en democracias anárquicas (variedad), ó en monarquías mixtas, parlamentarias (unión de la variedad con la unidad). Cousin tuvo varios discípulos, cuyo más aventajado fué Jouffroy, y su sistema ha sido en Francia, durante muchos años, la filosofía oficial.

Este grandioso desenvolvimiento del pensamiento especulativo, junto á los nuevos ideales sociales, dió nacimiento á la Pedagogía. Primitiva era aún la enseñanza á fines del siglo pasado; duros, casi bárbaros, los procedimientos que se empleaban. Cánticos y lecciones aprendidas de memoria, he aquí todo su fin; castigos fuertes á los distraídos y desaplicados, he aquí sus únicos medios. En el colegio de Eton (Inglaterra), me mostraron un aula antigua que guardan como el mayor timbre de gloria de aquel establecimiento, al modo que nosotros guardamos la cátedra de Fray Luis de León en la Univer-